

que se inoculara á la gente mordida por perros ó lobos rabiosos. No es infalible, por desgracia, el procedimiento; de los enviados á Institutos antirrábicos, no todos sanan; esa afección conserva su misterio, su rebeldía, su caprichoso fatalismo; pero el número de curaciones es suficiente para que nos postremos ante la ciencia que obra prodigios, y ante la paciencia, que prepara los caminos de la ciencia. Respecto al cáncer, parece que van hacia la solución los ilustres médicos dedicados á buscarla: incesantemente hablan las Revistas especiales y luego los diarios de tentativas más ó menos afortunadas, entre las cuales, por ahora, se destacan la de las aplicaciones del *radium* y la de los rayos X. ¿Será verdad que un día la humanidad quede libre de tan horrenda afección? Porque el sufrimiento del cáncer es una de las formas más crueles de la degradación física, que precede al no ser. Objeto de repulsión el canceroso, ve un día y otro día cómo le roe los tejidos el mal, y su esperanza única—mientras no se descubra el anunciado remedio—estriba en el frío brillo del bisturí... Esperanza más dolorosa tal vez que el propio padecimiento; esperanza que eriza el pelo de terror. Venga enhorabuena el fin de nuestra jornada, pero venga sin suplicios lentos. Redímanos la ciencia médica de esas antecámaras del sepulcro, como redimió la ciencia penal á los criminales del tormento y del calabozo obscuro y sin aire. Si se obtiene la curación del cáncer, no hay estatua de oro—como diz que se la erigieron los griegos á Esculapio—que baste para conmemorar al autor de tal beneficio.

En cuanto á la tuberculosis, es indudable que habiendo desaparecido, merced á la higiene y la desinfección, las grandes pestes que se propagaron en la Edad Media, la bubónica y el cólera morbo, actualmente el azote de la humanidad es la tuberculosis. No advertimos sus estragos, por lo mismo que no tenemos la sensación del aire que nos rodea, por lo mismo que las cosas demasiado familiares llegan á no impresionar nuestros sentidos; y además, de la tuberculosis nos creemos libres muchos que hemos pasado de la edad peligrosa, ó no tenemos antecedentes de familia que nos alarmen, ó fiamos en los efectos preventivos de la nutrición para que ese enemigo no entre en nuestra casa. No asusta la endemia como asusta la epidemia. Y sin embargo—los médicos no cesan de repetirlo en todos los tonos, en divulgarlo por todos los conductos que pueden—la tuberculosis hace más víctimas que epidemia alguna; siega el trigo que aún no maduró, se lleva á la gente joven, abona con carne fresca las ortigas de los cementerios... La generación que la tuberculosis arrebata es la que había de florecer en el trabajo, en el arte, en las mil empresas reservadas á la juventud. Y no es lo peor que la arrebate, sino que no la arrebate antes de la edad en que el hombre es apto para reproducir su especie. Los tuberculosos jóvenes dejan preparada otra cosecha de tuberculosos. Sobre si es hereditario el mal, hay discusiones acaloradas y opiniones contradictorias; pero yo, sin suficiencia alguna, desde mi puesto de observadora, declaro que todo es hereditario en este mundo, y cometen el mayor de los errores las escuelas económicas que pretenden suprimir la herencia, ley ineludible del género humano. Si alguna vez esta ley parece desmentirse, es que se confirma: el ser á quien no se transmitieron los rasgos y caracteres de su padre, reproducirá los maternos, ó los ancestrales, y esto es seguro, aunque no podamos comprobarlo siempre.

Las dinastías reales, en este particular, nos presentan un campo de observación admirable. La historia conserva los hechos, el arte inmortaliza los rostros de las familias reales, y en la que mejor conocemos, la de Borbón, llega á ser maravillosa la persistencia, al través de generaciones y generaciones, del tipo, ó por mejor decir, de los varios tipos predominantes. El retrato del Cardenal Infante, obra de Goya, que este año ha venido á enriquecer el Museo del Prado en Madrid, sorprende por la semejanza con el rey Alfonso XIII. No menos se le parecen algunos retratos de Austrias, por Velázquez, de los Felipes y de Carlos II. Otro cardenal, en la sala capitular de la catedral de Toledo, diríase que es hermano del rey y á la vez de su tía, la infanta Eulalia.

A pesar de que he escrito una novela sobre el debatido y curiosísimo asunto Naundorff, no me atrevo á lanzar la afirmación explícita de que este relojero

fuese el propio Luis XVII, evadido de la prisión del Temple y renegado por su familia que le proscribió y le dejó morir expatriado y pobre; pero un argumento, tal vez el más impresionante, si no el más poderoso, en favor de la causa naundorffista, es la continuidad del tipo borbónico, no sólo en él, sino en sus hijos y nietos. Tan marcada fué, que sus propios adversarios, no pudiendo negar este hecho que saltaba á la vista, le acusaron de «explotar una fortuita semejanza». Entre la progenie de Naundorff existen todos los tipos principales de la prosapia de Borbón y de los Austrias con ellos enlazados: la hija mayor de Naundorff, Amelia, reproduce el semblante y el escote y garganta de María Antonieta; otra hija—no recuerdo ahora su nombre—se asemeja á Luis XIV de un modo singular. Puede ser casualidad; es para mí evidente que los ejemplares fisonómicos humanos se reducen, en su origen, á varios tipos principales, de los cuales se deriva la infinita variedad morfológica de las caras, ninguna exactamente igual á otra. En el caso de Naundorff, no obstante, constituye un vehemente indicio la perseverancia del tipo Borbón-Austria-Lorena, y, en la misma persona del Pretendiente, del carácter y aficiones de Luis XVI.

Sobre tal asunto he de insistir, considerando que encierra, no sólo una novela ultradramática, sino un enigma no esclarecido, y más bien oscurecido deliberadamente por historiadores y políticos. Que Naundorff fuese ó no Luis XVII, convenía suprimirle para los fines de alta política que concurrieron á la Restauración de los Borbones en Francia. Dadas las circunstancias de su evasión, siempre sería dudosa, romántica y discutida la persona del niño mártir, ya convertido en hombre y probado por los azares de la existencia. El rey de derecho divino tiene que ser algo auténtico é indiscutible—y por eso, políticamente hablando, prescindiendo de la justicia—Luis XVIII convenía más que el redivivo Luis XVII. No tiene entrañas la mecánica de gobernar á los hombres. Mirado así el extraño misterio de Naundorff, se comprende mejor la apretada red cuyos hilos le envolvieron, estorbándole hablar con la duquesa de Angulema, reiterando los atentados contra su vida, organizando la persecución de que parece ser víctima constante el más desdichado relojero, y que no se explicaría á no suponer que le consideraban peligroso.

La causa de Naundorff, es decir, de sus descendientes, tiene en Francia, aun hoy, y mejor diría que hoy especialmente, numerosos y decididos partidarios. Cuando empezaba á reclamar Naundorff el derecho, no á la corona, sino al nombre y rango que suponía pertenecerle, el gobierno y la policía hicieron aparecer numerosos falsos delfines, dieciséis ó veinte, de todas las condiciones sociales, hasta las más bajas, y que en nada se asemejaban ni á Luis XVI ni á su familia. De estos falsos delfines ninguno conserva parciales ni defensores, excepto un cierto Richemont, á mi parecer tan apócrifo como los demás, pero que todavía encuentra quien escriba libros abogando por él. Son, sin embargo, muy contados los mantenedores de la hipótesis Richemont, y los de Naundorff aumentan cada día. Existen y se sostienen, desde años hace, revistas que consagran todo su texto á elucidar esta cuestión histórica; personas serias y de reputación—citaré á Julio Favre—se han puesto de parte del relojero decididamente; aparecen á cada momento testimonios, no diré que concluyentes, pero muy dignos de tomarse en cuenta; y yo, que ningún interés especial tengo en alterar la verdad histórica, que contemplo desde lejos esta discusión apasionante, declaro que Naundorff no se parece en nada á un impostor, y que los datos ya reunidos en favor suyo constituyen imponente masa, que los historiadores serios no deben desdeñar, y en efecto no desdeñan. En la correspondencia de Naundorff—dos gruesos volúmenes que acabo de recibir—lo que más resalta es la absoluta buena fe con que se creía Luis XVII. Por eso repito que no causa la impresión de un impostor, y que, cuanto más leo y estudio el caso, más se apodera de mí el convencimiento de que la evasión pudo verificarse. Es inverosímil, es estupendo... conformes. Mi espíritu lucha aún con la realidad de ese folletín. Mi sentido de la historia me dice, al mismo tiempo, que el período revolucionario es la época de los melodramas, las tragedias y las bufonadas incomprensibles en otros momentos menos anormales. La evasión del niño en un ataúd es pura novela por entregas... ¡Corriente! ¡Acaso la novela por entregas no tiene también su dosis de vida?

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El anuncio, en la prensa, de haberse presentado algunos casos de lepra en una aldea del país gallego, ha sido suficiente para infundir alarma y dar al suceso las proporciones de calamidad nacional. Como si no supiésemos de toda la vida que la lepra (en reducida proporción, es cierto) persiste endémica en muchos puntos del litoral, y no sólo del Cantábrico, sino del Mediterráneo. En Valencia he tenido ocasión de ver mendigos leprosos; y en el famoso balneario de la Toja constantemente hay alguno, sea ó no mendigo, que anda en medio de los demás bañistas, y naturalmente se baña en las pilas donde se bañan todos, sin que nadie se asuste excesivamente, y sin que se dé cuenta tampoco nadie de que siendo la lepra un mal incurable (en el estado actual de la ciencia) y contagioso y espantoso, no tiene finalidad recibir á los leprosos en los balnearios.

He dicho «en el estado actual de la ciencia» porque, á tientas y luchando con las fatalidades de la naturaleza y las imperfecciones realmente infinitas de nuestra pobre máquina, los científicos persiguen el ideal de la curación de esas enfermedades cuyo solo nombre estremece: cáncer, hidrofobia, lepra, tuberculosis. ¿Conseguirán algo? Aunque hasta el día los resultados sean mínimos, en comparación con el fin que se persigue, no son nulos, y cabe suponer que se ha encontrado el hilo tras del cual vendrá la madeja entera. Lo más seguro, el método ya puesto en práctica con bastante fortuna, es el del virus antirrábico

Mi an presenta ba de re muerte c de la co da. Ha s rrendos e ejecute i después prosaico á pique Muñoz les á qu empujar ción aun bre sus c favor de to de... festado e consigui dije y l presenta te, aunc muerte c

La cu raciones una cró ni ofreci constant penal, a siones se exter triste, co bilidad i terias; e pueden cial, á la viven ba de la pe conside mente s ejecutad atajase e ble nege de la ev cuencia ha coin los crim dores: s vo, pod este pro debiera de muer

Por c aparece